

## CAPITULO XIV.

Por la Baja California.—Magonismo y filibusterismo.  
—La República utópica.

Lo que viene sucediendo, de algún tiempo á esta parte, en el territorio federal de la Baja California, préstase á muy extrañas conjeturas; como todas esas cosas que menos se las ve cuanto más se las mira.

Aprovechando la ocasión del enorme desbarajuste que reinaba en el mundo oficial, durante los seis meses de guerra, los Magones del periódico "Regeneración," algunos otros mexicanos como ellos, y un regular número de filibusteros norteamericanos, invadieron la Baja California, libraron algunos pequeños combates con las fuerzas del territorio, y al fin vino á saberse que se trataba de establecer allí un Estado socialista. La Federación, así que aquel movimiento dió color separatista, debió acudir presurosa, con todas las fuerzas de que podía disponer á sofocarle; pero sea que al pronto no creyese el movimiento magonista tan peligroso como el maderista, sea por otro motivo, el hecho es que hasta el día 20 de Mayo, cuatro días antes de la caída del régimen, y cuando ya estaba en franca agonía, se prestó atención al asunto, y se acordó, en Consejo de Ministros, "concentrar en la Baja California, todas ó la mayor parte de las tropas federales que habían estado operando en Sonora." "El objeto de esta concentración

era—según uno de los miembros del Consejo,—emprender una campaña vigorosa contra los socialistas que en aquel territorio han pretendido fundar una república independiente, ó crear un Estado libre bajo un protectorado, mutilando así la República Mexicana." De modo que el Gobierno se había percatado bien de la importancia que tenía el movimiento californiano, y es de sentirse que no se hubiera percatado un mes antes siquiera, cuando los coroneles Mayol y Vega hubieran logrado, con algunos refuerzos, una victoria fácil y completa contra separatistas y filibusteros.

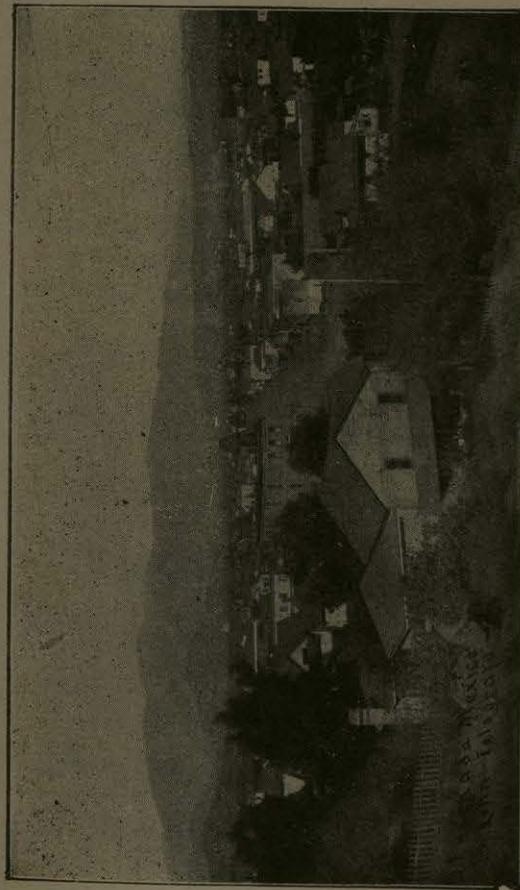
La prensa últimamente, dió vuelo á la noticia de que el movimiento se había acabado con la sumisión de los jefes, pero ni ha insistido mucho sobre particular tan interesante, ni los informes especiales que tenemos nosotros, consideran la cuestión tan sencilla. No son los Magón, ni los cabecillas filibusteros los que pudieran poner en graves apuros á la Federación, contando como ésta cuenta, con el apoyo de los habitantes del territorio invadido (que no ha mucho supieron mostrarse á la altura de las circunstancias). No; detrás de esos personajes de opereta, hay otros que no se ven, pero que se sienten, cuya acción es más efectiva que la de los primeros. Por de pronto, la propaganda en todos los Estados Unidos, particularmente en el Oeste, y con especialidad en la California americana, es activísima. La cosa merece la pena también.

El territorio se halla situado al N. O. de la República, entre los 22o. 35' y los 32o. 42' lat. N., y entre los 10 y 18 de long. O., del meridiano de México. Sus límites al N. son los Estados Unidos de América (Alta California); al E., en corta extensión, el Estado de Sonora; al S. y O. el Océano Pacífico y al E. el Gol-

fo de California ó Mar de Cortés. La península tiene una superficie de 151,109 kilómetros cuadrados, y una población que no llega á 60,000 almas. Sus poblaciones principales, son la Paz, capital del distrito S., con unos siete ú ocho mil habitantes, y Ensenada de Todos Santos, capital del distrito N., y de casi igual vecindario. Tiene magníficas bahías, como la de Magdalena y otras, todas ellas de próximo porvenir, sea por la apertura del Canal de Panamá, sea por el aumento de tráfico marítimo con el Asia, sea, en fin, por el desarrollo de los negocios peninsulares. Porque la Baja California, poblada como corresponde (hoy no llega la población á 0.35 por kilómetro cuadrado), es susceptible de producir enormes riquezas, aparte de las que ya producen sus magníficas pesquerías del Golfo, en perlas finas, en conchas y en carey de insuperable calidad, y sus famosas minas de cobre llamadas El Boleo, cuyo mineral es tan rico que se exporta á Europa sin beneficiarlo. La demás minería, actualmente poco explotada, es abundante en la región, encontrándose al rey de los metales en placeres y criaderos, sin que tampoco escaséen el metal blanco y otros de consumo y valor comercial.

El terreno generalmente es árido, debido á la escasez de lluvias y al mezquino sistema hidrográfico, que favorece poco ó nada el riego. Sin embargo, aunque no en abundancia, se producen casi todos los frutos de las zonas templada y tropical, tales como la caña de azúcar, las bananas, los dátiles, las granadas, las naranjas, los limones, las sandías, las ananas, etc.; el maíz, el frijol, el trigo, las patatas y toda clase de hortalizas. El clima es seco y muy saludable.

Geográficamente, no puede estar mejor definida



Baja California.—Vista de Ensenada.

su "personalidad"; étnicamente, los "californios" indígenas, no tienen parentesco con las demás castas que pueblan el país; políticamente, la Federación no se ha distinguido sembrando beneficios en el territorio de la Baja California, que depende directamente de ella. Y aquí se aclara un punto esencial para la historia político-económica del régimen caído. La acción benéfica del poder federal no podía sentirse en las entidades federativas, porque eso sería atentar contra lo... que se atentó siempre: contra la soberanía de los Estados. Pero no había ninguna razón, que sepamos, para que la Federación no atendiera á los territorios que tenía bajo su inmediata vigilancia, y sin embargo, vemos que Estados libres y soberanos y Territorios dependientes de la Federación, corren parejas en materia de abandono administrativo. Y es que aquí, propiamente, no se "administró," sino que solo se sostuvo la máquina administrativa para justificar que había administración, y que era necesario pagarla cada año fiscal.

La posesión de aquella lengua de tierra, que arranca del territorio americano y penetra centenas de kilómetros en el mar Pacífico, formando abrigadas bahías, excelentes radas y magníficas estaciones navales, es de alta importancia para el porvenir de México, que ha de ser, por la ley de la necesidad, marítimo.

Si prontamente no se ahoga el movimiento separatista en aquella región, la suerte que correrá no es dudable; los socialistas, en nombre de un principio político, conquistarán la independencia del Territorio y la sostendrán todo el tiempo necesario... para que una nación vecina tenga, por humanidad, que intervenir y adueñarse de la república imposible, que establecerán los Magón, si el tiempo lo permite.

La junta filibustera de los Angeles está trabajando con entusiasmo decidido, y á juzgar por ciertos informes, no carece de recursos financieros, elemento principal en ese género de empresas. La junta, al observar que el Gobierno, ni antes ni ahora dió grandes muestras de preocuparse por la cuestión, entiende que no las dará en lo sucesivo tampoco, y aún llega á sospechar que virtualmente, México, está renunciando á su soberanía sobre el territorio.

Lo inexplicable es que mejicanos como los Magón, se presten á ser instrumentos del filibusterismo americano, que es el verdadero padre de la criatura. Y otra cosa también inexplicable, es que á estas fechas no hayan caído ya sobre la Baja California fuerzas suficientes para barrer con aquellas chusmas. Díjose últimamente que habían sido obligadas á capitular, pero haya sido así, ó haya sido de otra manera, ó no haya sido de ninguna, urge que la acción del gobierno se deje sentir enérgicamente en aquel territorio federal, que está tentando muchas codicias.

## CAPITULO XV.

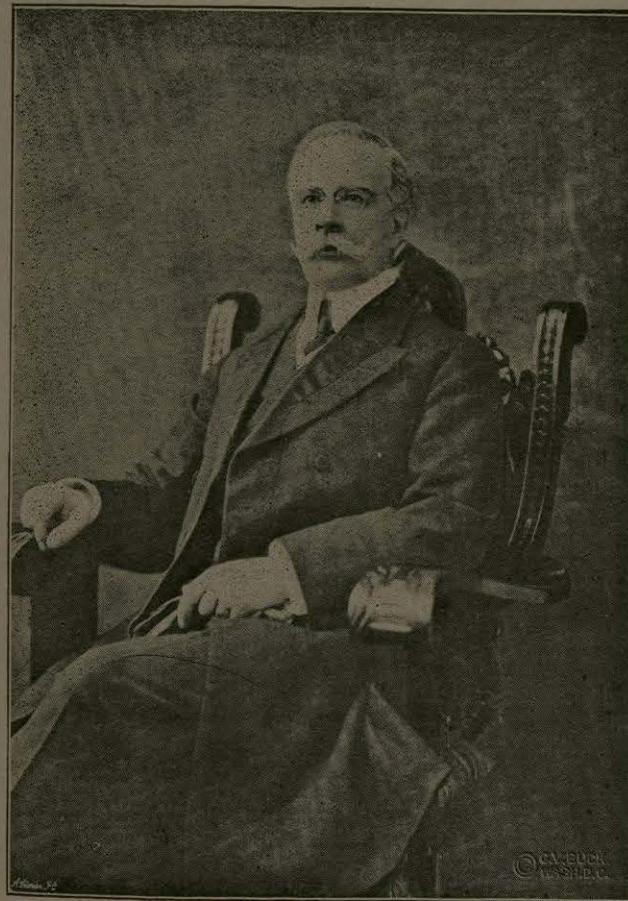
Triunfo definitivo de la Revolución.—Manifiesto del Lic. D. Francisco L. de la Barra.—El Gobierno interino.—Entrada triunfal de Madero en la ciudad de México.

En la misma sesión del Congreso del 25 de Mayo, inmediatamente después de aceptadas las renunciaciones presidenciales, se acordó comunicar el suceso al Secretario de Relaciones Exteriores, Lic. Francisco L. de la Barra, para que al siguiente día ocurriese á la Cámara á protestar el cargo de Presidente de la República interino, que le correspondía asumir según las leyes constitucionales. El señor de la Barra, al recibir la comunicación lanzó al público un manifiesto exornado de patrióticos conceptos y que reflejaba como un espejo las nobles cualidades que distinguen á este preclaro ciudadano. "El día más feliz de mi vida pública—dice en el manifiesto—será aquel en que dentro del menor plazo que consientan la ley electoral y la situación porque atraviesa el país, pueda transmitir el poder que hoy he recibido, al ciudadano que la República elija." ¡Qué diferencia entre este gobernante que califica de felicidad dejar el Poder, con los que acaban de dejarlo á la fuerza después de cinco lustros de mando!

En su notable manifiesto, el señor de la Barra prometía la más amplia libertad y legalidad en las próximas elecciones, y declaraba terminantemente que

no aceptaría su candidatura en ellas para la presidencia ni para la vicepresidencia.

El licenciado don Francisco L. de la Barra es un hombre joven todavía, pues nació el 16 de Junio de 1863, y no obstante, ha dedicado ya á la patria más de veinte años de su vida en esclarecidos servicios prestados. Durante algún tiempo, y apenas terminados sus estudios, se dedicó al Profesorado en la Escuela Preparatoria de esta capital, donde se captó el más sincero cariño de sus discípulos que hoy sienten gran regocijo al verle en la más alta magistratura de la Nación. Después ingresó en la carrera diplomática, en la que ni un solo día dejó de trabajar hasta que abandonó la Legación de Washington, para venir á desempeñar la Secretaría de Relaciones Exteriores. Los servicios prestados á su país en dicha carrera son tan numerosos, que nos sería muy difícil detallarlos todos en estas páginas, pero haremos mención de los más notables triunfos diplomáticos que obtuvo y que lo acreditaron de hábil y preclaro patriota. Su primer paso fué la negociación de un Tratado de amistad, comercio y navegación con los Países Bajos y uno de extradición con Italia; en 1896, fué delegado de México al Congreso Internacional Americano, convocado por la República del Ecuador, cuya Secretaría desempeñó por elección unánime; en 1901 fué otra vez delegado á la segunda Conferencia Internacional Americana; al año siguiente, el 13 de Mayo, fué designado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de las repúblicas de Sud-América (lado del Atlántico), después lo fué con el mismo carácter en Bélgica y Holanda. Estuvo en Budapest, Lieja, Bruselas, Riojaneiro, La Haya y Ginebra, asistiendo á diferentes congresos internacionales y llevando la representa-



Lic. D. Francisco L. de la Barra  
Presidente interino de la República.

ción de México. Como Plenipotenciario de su país también arregló con Italia un tratado de Arbitraje, y por último, en 19 de Noviembre de 1908 pasó á desempeñar la Embajada Extraordinaria y como Plenipotenciario en los Estados Unidos.

Por sus relevantes méritos obtuvo de España la condecoración de Comendador de la Real y Distinguida Orden de Carlos III; de Italia la de Comendador de la Orden de la Corona, y Caballero Gran Cruz de la misma Orden. Es miembro de varias Academias, entre ellas de la de Jurisprudencia de Madrid, con el carácter de honorario.

La última parte de su carrera diplomática ha sido bien difícil, y el modo hábil y altamente patriótico como la desempeñó, bastaría para hacerle una reputación y merecer bien de su país si por hechos anteriores no lo hubiera ya merecido. Con efecto, hallándose en Washington de Embajador le sorprendió la revolución, y con ella las dificultades diplomáticas que á punto estuvieron de acarrear una intervención americana. A los laboriosos esfuerzos del señor de la Barra se debió que el Gabinete de Washington ordenase el retiro de los buques de guerra que había enviado á los puertos mexicanos, y cuya presencia en ellos hubiera constituido un baldón para la República. No pudo, sin embargo, evitar que se acercaran á la frontera veinte mil soldados yanquis, pero al menos consiguió que el Presidente Taft diera públicas y plausibles explicaciones, quitándole todo aspecto de presión ó intervención en los asuntos de México.

Pero el hecho más glorioso del actual Presidente de la República, el que por sí solo obliga la gratitud nacional, y que podrá ostentar siempre como título del más legítimo orgullo, es su incansable labor en

bien de la paz. A él, y á nadie más que á él, por parte del Gobierno porfirista, se debe el éxito de las conferencias de Ciudad Juárez, porque él las preparó en Washington y las siguió en México. Al licenciado de la Barra y al doctor Vázquez Gómez, debe México haber ahorrado mucha sangre mexicana que aún se había de derramar hasta el triunfo definitivo de la revolución, triunfo infalible, inevitable, como el triunfo de todas las causas populares, pero que aún tendría que recorrer, sino sobreviene la paz, el largo camino que media entre Ciudad Juárez y la capital de la República.

El lector habrá de dispensarnos esta pequeña digresión que hicimos como justo tributo que creíamos deber al ilustre ciudadano que hoy rige los destinos de la nación.

El manifiesto á que aludimos más arriba, fue acogido por la opinión con inmenso júbilo, porque á todo el mundo consta que quien lo lanzaba á la publicidad es demasiado honrado para dejar de cumplirlo; y la satisfacción subió de grado al ver que se rodeaba el Presidente de muy honorables miembros para formar su gabinete provisional. Encargó de la Secretaría de Instrucción Pública, al popularísimo Dr. D. Francisco Vázquez Gómez, candidato que fué para la Vicepresidencia en las últimas elecciones, por acuerdo tomado en la Convención del Tívoli.

Ya hemos dicho que al señor Vázquez Gómez debe mucho la paz como mucho le debe también la revolución, pues fué el compañero leal é infatigable del señor Madero, en toda la pasada lucha.

La Secretaría de Justicia fué dada al señor licenciado Rafael V. Hernández; la de Guerra y Marina al Sr. general Eugenio Rascón; la de Fomento al señor licenciado Manuel Calero; la de Hacienda á don

Ernesto Madero, hermano de don Francisco; y la de Gobernación á don Emilio Vázquez Gómez, hermano del Ministro de Instrucción Pública. Formando así el Gabinete, quedaba cumplido el tratado de paz en su parte secreta, que prevenía se habían de distribuir tres carteras entre reconocidos maderistas, para evitar que en el Gobierno se infiltrasen las intrigas científicas y se malograra la causa de la revolución.

De acuerdo con esto mismo, se hicieron cambios en el Gobierno de algunos Estados. Para el de Yucatán partió el señor Pino Suárez, que tanto luchó en la revuelta y que fué uno de los comisionados de paz nombrados por Madero; á Chihuahua se dirigió Abraham González, que fuera el candidato popular burlado en las últimas elecciones y el primer sitiador de Ojinaga; y así algunos más que iban á garantizar en las próximas elecciones la bandera revolucionaria "Sufragio efectivo. No reelección."

Así las cosas, y cuando el entusiasmo popular se desbordaba en el triunfo de la revolución, el caudillo dispuso su viaje á la capital de la República, que ya ansiaba expresarle su adhesión y su gratitud. Desde la fronteriza Ciudad Juárez á la metrópoli, en todo el largo trayecto, objeto fué de regocijadas manifestaciones el popular caudillo. No hubo población que á su paso no se engalanara, ni pueblo que no le prodigase vehementes testimonios de respeto y simpatía.

El día 2 de Junio salió el señor Madero de Ciudad Juárez, en donde fué despedido con un baile de sociedad, que en su honor dieron las principales familias de aquella población, dirigiéndose á Ciudad Porfirio Díaz, por la vía americana, á causa de hallarse interrumpido aún el Ferrocarril Central. A su paso por los Estados Unidos recibió grandes agasajos, no

solo de mejicanos sino de los propios norteamericanos entre los cuales es muy popular el jefe de la revolución.

A su llegada á Piedras Negras (antiguo nombre de Ciudad Porfirio Díaz) recibió la primera de las grandes ovaciones que le esperaban en su patria. Casi todos los vecinos de la ciudad se habían congregado en la estación para recibirle y entre vítores, aplausos, himnos y flores, llegó al alojamiento que se le tenía preparado, donde pronunció un breve discurso muy significativo por la alusión que hace á sus relaciones con los Estados Unidos. Como documento que no deja de tener importancia para la historia, lo insertamos íntegro entre los apéndices que completan la presente obra (1).

Desde aquella población continuó su viaje por el Ferrocarril Internacional, deteniéndose en las principales estaciones para recibir el saludo de las comisiones oficiales y el aplauso del pueblo. En la de Hipólito, presencié un hermoso espectáculo: multitud de empleados del ferrocarril se habían congregado en aquel punto para vitorearlo, á la vez que se le presentaba el jefe de las fuerzas revolucionarias de Parras, don Enrique Adame Macías, á quien el señor Madero felicitó efusivamente por su valiente comportamiento y el de sus doscientos compañeros. Pero los festejos y felicitaciones que más habrán llegado al corazón del héroe, serían sin duda los recibidos en San Pedro de las Colonias, punto donde residió la mayor parte de su vida y donde tantas afecciones ha de tener. Un corresponsal de un periódico estimó en nueve mil almas las reunidas en la estación de San Pedro al arribo del tren. Un coro de niñas cantaba el Himno Na-

(1) Véase el apéndice número 8.



Llegada de D. Francisco I. Madero á la capital de la República.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MEXICO

cional acompañado por bandas de música; entre aclamaciones delirantes fué llevado al casino "Olegario Molina," donde se le tenía preparada una brillante recepción y un banquete, terminado el cual, sin detenerse más, continuó para Torreón.

En esta última ciudad, teatro que fué de tanta lucha y tanta desgracia, durante la revolución, el júbilo del pueblo por la llegada del caudillo fué indescriptible. Comisiones de los Ayuntamientos de Torreón y Gómez Palacio, fuerzas de la plaza, cónsules extranjeros, cuerpo docente, la Banca, la Industria, el Comercio, Círculo Mutualista, Sociedad de Tipógrafos y otras muchas entidades, le recibieron y le abrumaron á discursos y felicitaciones, mientras las salvas de artillería y las campanas echadas á vuelo atronaban el espacio.

De Torreón salió para Zacatecas, Aguascalientes y San Luis Potosí, de cuyo último punto se dirigió á la capital de la República.

El día 7 de Junio, poco después de medio día, don Francisco I. Madero, hacía su entrada, verdaderamente triunfal, en la capital de la Nación, en medio del entusiasmo delirante de más de doscientas mil almas. No ofreció espectáculo semejante la ciudad de México, á no ser, acaso, cuando aquel otro, también libertador, consumada la independencia de la Nueva España, entraba á la capital del virreinato, al frente del Ejército Trigarante.

Desde las primeras horas de la mañana de aquel día, las calles y avenidas que había de recorrer el cortejo, desde la estación de la Colonia al Palacio Nacional, estaban literalmente atestadas de público, que iba y venía, con movimientos de oleaje, distraiendo la impaciencia por la tardanza del tren. Racimos humanos colgaban de las ventanas y balcones, y

coronadas se vieron de gentes las monumentales estatuas de Carlos IV, Colón y Cuauhtemoc. Nada más pintoresco que aquella abigarrada muchedumbre, que se movía á un solo impulso, que obedecía á un criterio unánime, y que expresaba un sentir único. El homenaje al libertador fué eminentemente popular, y por ello, eminentemente grande. No hubo en él, como en la edad "porfiriana," aquellos ceremoniosos desfiles, ni aquellos trenes de lujo que se exhibían en la corte del déspota.

Aquí, todo era más propio del pueblo, el sano regocijo, la expresión democrática, el entusiasmo desbordante. Y es admirable el espíritu de orden que prevaleció en toda la fiesta. El pueblo que por primera vez podía "manifestarse" libremente, acreditó con su conducta que merecía bien la libertad que acababa de obtener. No un pueblo recién manumitido, sino ya bien familiarizado con los altos deberes de los pueblos libres, se reveló entonces el mexicano. No tuvo un grito destemplado para sus odiosos verdugos, que solo tuvo entusiastas vítores para el héroe, que había transformado el mando político en el breve espacio de seis meses.

Cuando el silbido de las sirenas y el repique de las campanas anunciaron á la multitud la arribada del caudillo, una sacudida eléctrica recorrió las inmensas filas, una exclamación unánime brotó de todas las gargantas y un vitor estruendoso inundó el espacio. Cuando el caudillo apareció á la vista de las muchedumbres, el entusiasmo rayó en el delirio, y ciertamente, en el Palacio de los Supremos Poderes, no entró jamás personaje acariciado como él por el aura popular.

¡Tan popular era su causa!

## CAPITULO XVI.

**Rumores de conjuraciones contra la vida del Sr. Madero.—  
Disidencias entre algunos jefes de la revolución.—Orozco y  
Zapata.—Pesimismo y optimismos.**

Apenas terminadas las ceremonias oficiales y particulares de la grandiosa recepción que se le hizo en la capital, el señor Madero se dedicó á dar las órdenes y tomar las disposiciones necesarias para llevar á la práctica todos los puntos convenidos con los comisionados oficiales en el tratado de Ciudad Juárez, y especialmente á procurar la pacificación del país y la destrucción del bandidaje, aparecido á la sombra de la revolución.

La tarea no era fácil ni exenta de peligros de todas clases. No se podía proceder desde luego al desarme de las fuerzas revolucionarias, porque se carecía de institutos armados para mantener el orden, por haber quedado destruídos, casi en su totalidad, el ejército nacional y los cuerpos rurales, y no ofrecer los restos diseminados de esas tropas, la necesaria confianza á la nueva situación. Y de no desarmar sin demora á los revolucionarios, se corría el riesgo de que se desarrollasen rencillas y ambiciones en algunos de los jefes, complicando con ello de un modo grave la situación.

Sucede en todas las revoluciones que á la hora del triunfo, aparecen numerosísimos los partidarios que

nada hicieron por la causa, pero que tan sólo por simpatizar con ella, se creen con derecho á exigir premios, empleos y distinciones. Y aparecen no solo en el campo civil, sino también en el elemento militar. Unos alegan que han tomado las armas y combatido, aunque no citan el cuándo, dónde y cómo lo hicieron; otros aseguran que expusieron su vida ocultando á un revolucionario en su domicilio; otros que proporcionaron armas á la revolución, víveres á los sublevados, etc., etc.

En estos casos, el jefe de un movimiento subversivo triunfante, se encuentra en una comprometidísima situación de la que puede salvarle tan sólo una gran energía de carácter. Se expone á cometer actos injustos premiando servicios que no se prestaron y olvidando méritos contraídos por otros; se ve obligado á acortar las pretensiones exageradas de jefes que fueron muy útiles á la causa y que ambicionan, no lo que no merezcan, pero sí lo que no conviene á la alta política del jefe supremo, conceder; si durante la guerra fué un gran patriota, un genio de valor y nobleza, después del triunfo resulta para los descontentos un ambicioso, un egoísta y un ingrato. ¡Ley fatal que impuso la naturaleza á todos los redentores: el sacrificio por premio á sus desvelos y fatigas en bien de sus congéneres!

En tan difícil situación se encontró el señor Madero al día siguiente de su entrada triunfal en México, crítica situación de la que aún no salió á la hora que cerramos estas páginas para darlas á la imprenta; y de todo corazón deseamos, como han de desear todas las personas sensatas que han nacido ó residen en el país, que esas dificultades desaparezcan, que se restablezca la paz y que no se malogren los sacrificios de la redentora revolución.

Las dificultades á que aludimos se complicaron con las suscitadas por los enemigos vencidos, que no cesaron, ni cesan un momento de sembrar la discordia entre los maderistas, abrigando la ilusión de vencer dividiendo.

La copiosa emigración de científicos que hubo á raíz de los acontecimientos de Mayo, obró á manera del río desbordado, cuya inundación, al retirarse, deja en el valle charcos y lagunas que al calor del sol se corrompen y propagan los miasmas de la fiebre. De aquella retirada (huida, diríamos mejor) de científicos cultos, quedaron aquí restos formados por personas de pocas luces que aun creen en la legalidad del crimen político y en los inesperados triunfos de la conspiración. Así parece que se intentó varias veces el asesinato del señor Madero; y decimos se intentó, refiriéndonos á la concepción del plan tan sólo, pues no consta que se diese paso alguno para ejecutarlo. Por lo menos, aunque hubo muchas aprehensiones de sospechosos por comprometidos, no se castigó á nadie, lo que demuestra que no hubo delito que perseguir, como dicen los juristas.

Falsos ó verídicos estos conatos de confabulaciones, complicaron la labor del señor Madero en los primeros días de su residencia en la capital, ya de suyo complicada por las noticias que llegaban de los lugares donde había grandes núcleos de fuerzas maderistas, todavía en armas.

Por los días de la rendición de Ciudad Juárez, se habló mucho de un pequeño disgusto ocurrido entre el señor Madero y el popular jefe revolucionario don Pascual Orozco, dándole en la prensa, entonces todavía devota del régimen ahora caído, unas proporciones colosales que de ningún modo tuvo el acontecimiento. La versión fué que el señor Esquivel Obre-

gón, uno de los tres comisionados de paz del Gobierno, había intentado corromper á Orozco, ofreciéndole una fuerte cantidad para que traicionase á su jefe. El señor Obregón desmintió la especie, y aun probó su falsedad con cartas del mismo Orozco, quien explicó el disgusto tenido con el señor Madero, diciendo que consistiera tan solo en la queja que le dió al jefe de no cuidarse de atender á las necesidades de la tropa, que carecía de víveres y vestuario.

Como se ve, este episodio carece de importancia y sin embargo, sirvió para sembrar desconfianzas y resquemores respecto de ese cabecilla, á quien se le supone por algunos en abierta rebelión contra Madero. Y vino después á dar pábulo á tales hablillas el hecho, un poco extraño, de que un grupo en el que se hacen figurar nombres de científicos, como son Terrazas y Creel, haya ofrecido al mismo Orozco, postular su candidatura para gobernador del Estado de Chihuahua, en lucha con la del coronel don Abraham González, candidato antirreeleccionista desde la formación de este partido. Pero Orozco se resistió á aceptar tal candidatura y con ello demostró dos cosas: su respeto á los acuerdos del jefe supremo de la revolución, y que no le dominaban ambiciones exageradas.

No parece ocurrir lo mismo con otro cabecilla á quien la causa no debe servicios de la importancia de los prestados por Orozco, sino, antes bien, acciones vituperables que la perjudicaron; crímenes y depredaciones ocasionados por la gente que mandaba, entre la que figuraron en gran número los bandoleros. Ese cabecilla es Emiliano Zapata, que á la fecha es motivo de preocupación para el señor Madero, por los conflictos que diariamente le crea, cometiendo arbitrariedades en el Estado de Morelos.

No mencionaremos otros obstáculos de menos importancia, aunque de la misma índole, que se le presentan al señor Madero para su obra de reconstruir en el país el orden y la administración, trastornados por la revuelta. En varios pueblos dura todavía la lucha entre federales y maderistas; aquéllos por no querer reconocer el tratado de paz y éstos por querer cumplirlo por medio de las armas: en otros lugares la lucha es entre los propios revolucionarios, por rencillas y envidias de mando entre los jefes.

Pero lo peor de estos inconvenientes está en la situación falsa que ocupa el señor Madero en la política. Aun cuando le reconocemos energía y talentos bastantes para resolver satisfactoriamente esos conflictos, tropieza con su falta de autoridad oficial, cuando comienza á debilitarse la autoridad moral que le diera la campaña. Por haber renunciado la Presidencia provisional, el señor Madero, no es más que un simple ciudadano, jefe de un partido político, acaso para fin de año, Presidente Constitucional, pero en el día sin representación oficial en el Gobierno.

Cuando en Ciudad Juárez, renunció la Presidencia interina, por virtud del tratado de paz, dió un manifiesto al pueblo (1) en el que decía: "Retirándome á la vida privada, como simple ciudadano, continuaré sin embargo, siendo considerado como el jefe de este movimiento revolucionario y colaboraré con el gobierno del señor de la Barra, poniendo mi energía á su servicio."

Pero ¿con qué carácter puede colaborar en ese gobierno? Su participación no puede pasar del simple consejo dado extraoficialmente, y así se convino en el tratado de paz que se haría, pero en cambio, se restó

(1) Véase el Apéndice número 9.

al señor Madero con esa condición la autoridad material que ahora debiera tener más que nunca.

El Gobierno, por su parte, dado el carácter de interinidad que sufre, y la amalgama de elementos políticos de que se compone el Gabinete y el Congreso, se encuentra también en posición bien embarazosa. Su acción no puede ser todo lo enérgica que tal estado de cosas requiere, por lo que no ha de extrañarnos que en el período que medie hasta la elección de Magistraturas, el país atraviase una crisis social muy lamentable.

## CAPITULO XVII

### SUCESOS POLITICOS DE JUNIO

Fe de vida municipal.—Ecos de la expatriación del ex-Presidente.—Primera página del proceso que le abrió la Opinión Pública.—Entra en escena el general Reyes.—Golpe de efecto.—Comentarios.

Es la libertad un supremo bien. No en vano en sus aras se sacrificaron, en todos los tiempos de la Historia, intereses tan amables como la vida; no en vano los absolutistas de todas las épocas trabajaron contra la Libertad, el enemigo formidable de los despotismos.

El Municipio, institución democrática del más rancio abolengo, mantenido en el período colonial de tres siglos, aun contra intereses inmediatos de la política imperial de España, y conservado en toda la integridad de sus facultades por los gobiernos de México independiente, tenía que, al fin, sucumbir á manos de la Dictadura. Dueña ésta ya de los tres poderes capitales—Ejecutivo, Legislativo y Judicial,—encontró que el Municipio era una excepción que marcaba ciertos límites á su voluntad omnívota. Había, pues, que acabar con el Municipio, organismo inarmónico dentro del concierto político nacional. Y